

"B A N Z A Y"

Impreso en los talleres tipográficos del Estado Mayor General de las Fuerzas Militares, ha aparecido el libro del señor Capitán de Infantería Francisco Caicedo Montúa que su agudeza ha titulado con el célebre grito de guerra oriental: ¡Banzay!

Son varias las obras escritas sobre el Batallón Colombia, en la Campaña de Corea. La primera apareció por allá en 1954 cuando el entonces Teniente Coronel Alberto Ruiz Novoa editó las "Experiencias Militares" de esa campaña.

Más tarde el sargento primero Alberto Torres Alméida publicó su libro "Colombia en Corea" de indudable mérito y notable interés. Ahora el señor Capitán Caicedo Montúa incorpora un volumen más a la Biblioteca de los autores que irán reseñando para la posteridad el dramático desempeño del Batallón Colombiano en la caprichosa geografía de una península remota en los milenios del tiempo y en los meridianos del espacio.

Francisco Caicedo es un personaje con características muy peculiares en el ambiente militar. Nacido en Popayán tiene el timbre de los hijos de esa ciudad ilustre. Su inclinación por las ciencias y las letras muestra mucho de la prosapia de su estirpe, y aún lo exótico de su personalidad como los "mostachos" y la "pipa" parecen inscribirse en las rancias tradiciones de su casa.

Pacho Caicedo, como se le llama familiarmente, se incorporó a las filas

del Primer Batallón que viajó a Corea en Junio de 1951. Vivió intensamente, las dramáticas horas de la salida de la patria, de la llegada a un destino incierto y del bautismo en las acciones en que tomó parte su Unidad y recibió menciones honoríficas por su valor y la acertada conducción de sus hombres.

Fueron esas las experiencias recogidas pacientemente por él, primero en trozos de papel conseguidos al azar y luego en el libro que acaba de salir a la luz. El mérito de la obra tal vez no reside en la perfección literaria porque el autor ha tratado de dejar intacta la expresión de sus emociones en el momento en que las escribía y no la ha pulido después para no desfigurar el valor del sentimiento original; el mérito reside en la sinceridad con que son dibujados los cuadros, en el calor humano que les imprime a sus descripciones y el testimonio personal suyo de lo que fue esa odisea que no tiene antecedentes en la Historia Militar del país. El dolor de la partida, la incertidumbre del regreso, las impresiones del viaje a un mundo desconocido y exótico, el apocalipsis de los combates, la sangre de los heridos y el silencio de los muertos, van apareciendo en la vibrante escena de la narración entremezclados con la penetración del medio ambiente histórico de esa tierra legendaria y los restos de su cultura.

No es exagerado afirmar que el Capitán Caicedo, luego de varios años de

espera para la publicación de su obra, se ha apuntado un éxito indudable y merece nuestras cordiales y sinceras felicitaciones de amigos y de compañeros de armas.

La Revista de las FF. AA., acoge con verdadero beneplácito la aparición de "Banzay" y se permite recomendar a todos los señores Oficiales la lectura de esta apasionante obra que tiene un sentido recordatorio de las acciones y las glorias de un batallón que ostentó

bizarramente el caro nombre de la nacionalidad.

Para los ex-miembros del Batallón Colombia "Banzay" es una revivificación de lo que ellos vieron y sintieron. Para los que no tuvieron esa oportunidad, es un drama que se matiza de tragedia en ocasiones, de angustia en veces y de una alegría infinita en los momentos del triunfo y del regreso, pero por sobre todo de una patética evocación de la patria vista desde el otro lado del mundo.

LA TORTUGA SIMBOLO DEL FILOSOFO

Andrés Hoiguín ha entregado a los amantes de las buenas letras, un libro de singulares cualidades. Su alcance y significado pone de presente una vez más las capacidades que lo distinguen como hombre de singular cultura, de relievantes dones investigativos y eficaz sentido poético.

"La Tortuga" es obra histórica que al rebasar los linderos de comunes estudios, logra colocarse en planos donde la instrucción desempeña adecuada misión. Y así vemos cómo la tortuga se encuentra desde la aparición del mundo. En diversas religiones desempeña un papel divino. Su presencia constituye un símbolo y su vida influye en la creación de la leyenda: Hermes inventa la lira "tendiendo tripas de las novillas sagradas sobre la concha cóncava de la tortuga. Si se recuerda que la lírica tiene su origen en las canciones primitivas cantadas al son de la lira, puede verse a la tortuga como la madre de la poesía lírica griega. La poesía de Safo, de Anacreonte y de Píndaro habría sido imposible sin la modesta tortuga".

Acertado repaso hace Andrés Hol-

guín del significado diabólico y sagrado que la tortuga tuvo en la religión y el mito, y este repaso llevado a cabo sobre fundamentos históricos cumple con eficaz lección y alcanza los méritos de apreciable enseñanza. No en vano el escritor y poeta ha cultivado el estudio de lo clásico en los aspectos de su sabiduría, arte y belleza, y por ellos llega a la comprensión y análisis de lo vitalmente humano en los seres animales, y de la vitalidad animal que mueve a los seres llamados racionales.

"Animal sagrado, diabólico y mágico, la tortuga ha podido contemplar, desde los orígenes de la historia la delirante locura en que vive el hombre" Sí, locura lograda en su tránsito por caminos mecánicos e irreflexivos. Vida en deambular constante hacia fines de transgresión moral. Aspiraciones de ser relieve sobre la oculta norma de menesteres inconfesables. Existencias llevadas por ideales de falsa proyección.

La tortuga, escribe Andrés Holguín, es "un símbolo de la lentitud consciente, de la reflexión. Y de la filosofía".

"Indiferente al mundo, la tortuga

...mía -meditativa- su propia vida. Pri-
ra en su concha, el mundo limita
la misma. Así encerrada, recoge-
das las patas y la cabeza puntiaguda
dentro del caparazón, la tortuga se con-
vierte en el centro de su propio uni-
verso. Lo externo pierde entonces to-
da realidad y consistencia, como para
un filósofo idealista. La tortuga repre-
senta, así, el máximo esfuerzo de in-
troversión. El hombre, en el instante
de la creación artística o de la elación
mística, se limita a cerrar los ojos y
contemplar su intimidad abismal. El
reptil va mucho más lejos. Todo su
ser se sustrae al mundo exterior. Se
fuga así de lo real. El no yo desa-
parece. Y el mundo íntimo de la tor-
tuga adquiere un valor de única y
suprema realidad. Simboliza así al so-
ñador y al filósofo perfecto. La tortu-
ga fue, sin duda, el primer filósofo
idealista. Más que Platón, la tortuga
fue, con su ejemplo táctico, el maes-
tro de Emanuel Kant.

Una de las fallas de la civilización
actual ha sido, sin duda, olvidar a la
tortuga, como imagen de la filosofía y
como ejemplo de vida silenciosa, len-
ta y pura. A toda nuestra civilización
mecánica podría oponerse el elemental
simbolismo del quelonio: la vida fren-
nética frente a la vida reflexiva. Co-
mo Diógenes en su barril, la tortuga
medita desde su concha. No podríamos
imaginar a un filósofo, a un pensador,
en actitud diferente”.

Con el tino que les es peculiar,
este escritor, espiga por los predios de
la literatura para señalar el aporte y
el significado que la tortuga ha dado
y ha tenido en la creación de la fá-
bula, en la urdimbre del poema, en
muchas obras de fama intelectual, y en
los oráculos, donde el quelonio sostu-
vo su simbolismo filosófico. Recuerda
A. H. que “un día, Esquilo consulta
el oráculo. Y los dioses le anuncian
que morirá aplastado en un accidente.
Cada uno quiere fugarse de su propio

destino, y el poeta decide abandonar la
ciudad —Atenas—, donde cree que su
vida pelagra, y retirarse al campo, don-
de las divinas fuerzas de la naturale-
za organizan, en secreto, el nacimiento,
la muerte y la resurrección de Diony-
sos. El poeta recorre las tierras roca-
sas de los campos sicilianos. En su es-
píritu está germinando una nueva tri-
logía. Su ensimismamiento creador no
le permite darse cuenta del extraño pe-
ligro. Un águila vuela en el cielo pu-
ro, formando círculos perfectos. Sus
garras formidables sostienen una gi-
gantesca tortuga, que se debate todavía
agonizante. Repentinamente, el águila
suelta la tortuga que va a estrellarse,
verticalmente, sobre la cabeza del poe-
ta, causándole la muerte instantánea.
El águila pensó —dice la leyenda— que
la calva del dramaturgo era una pie-
dra contra la cual podía romper el du-
ro caparazón de su presa. Observa Paul
de Saint-Victor que el águila no es-
taba completamente equivocada al
considerar como una piedra milenaria
esta cabeza rocosa y genial-rocosa y
genial como cada isla griega que en-
cerraba obstinadamente las viejas tra-
diciones y los viejos mitos de la Gre-
cia heroica. Puede pensarse también
que Zeus había enviado a su ave pa-
ra vengarse del poeta por las blasfe-
mias que cruzan, como relámpagos, el
cielo tormentoso del “Prometeo enca-
denado”. Toda revuelta se paga, así,
con la vida. Esquilo sabía que la rebe-
lión de Prometeo había sido implaca-
blemente castigada por el dios supre-
mo, pero ignoraba que toda liberación
conduce a una muerte. Si Esquilo hu-
biera visto su propia muerte, habría
encontrado en ella un ejemplo más pa-
ra demostrar que el hombre no puede
escapar a su destino; que los dioses nos
tienen en sus oscuras manos y el se-
creto destino teje nuestras más libres
acciones. Esquilo muere como mueren
los héroes de sus tragedias. Aunque
busquemos un campo sereno para huir

de nuestro destino, no podremos escaparle jamás. Cuando el hombre cree fugarse, va en busca del fantasma que le hace huír. El destino es un oráculo inscrito en el corazón de cada uno. Todo hombre halla, como Esquilo, un águila fatal sobre su destino inexorable”.

En el capítulo, “Tortuga, Zoología y Amor” se estudian las diversas especies de este reptil, su clasificación, y con ello sus costumbres y su configuración. Interesante es en esta obra la descripción que se hace de la manera como la tortuga hace el amor. Este “se inicia, como en casi todas las especies animales, excepto el hombre (animal erótico —podría definirse así—, único que hace el amor por el solo deleite), con una época de celo. Esta época coincide con la iniciación del verano o de los calores más fuertes. Y, durante ella, los machos protagonizan feroces combates. Ellos, generalmente mansos y meditativos, como si escucharan permanentemente la voz de San Francisco de Asís, se tornan entonces irritables y violentos. Concluidos los combates, los machos victoriosos buscan ansiosamente a las hembras. Es entonces cuando se oye a gran distancia en el mar o en los grandes ríos ese quejido o llamado bronco de la tortuga en celo. Es un acento sordo que atraviesa, ululamente, la noche pura del verano o el crepúsculo tropical. Es el insistente y clamoroso llamamiento del macho a la hembra, a la hembra ignorada y, sin embargo presentida”.

En la parte final de su obra, Andrés Holguín, repasa en forma histórica la muerte de la tortuga, y esta tarea la cumple con sobria erudición y definida sencillez. “La causa principal, dice, de

la desaparición de las tortugas radica en el hecho de que esta especie se estacionó. Su lentitud característica se transformó en inmovilidad. Dejó de evolucionar. Se ha mantenido, casi sin cambio en su estructura, durante siglos. No ha logrado superarse. Y, dentro del universal proceso de transformación, la especie animal —o el hombre— que deja de evolucionar, está condenada a morir. La vida es crecimiento, expansión, renovación íntima, interno proceso hacia formas más complejas y elevadas de existir. Es una extraña y diabólica carrera, dirigida por un superior instinto de evolución y ascenso. Detenerse equivale a perecer”.

“Tal vez, en breve tiempo-breve tiempo comparado con la longevidad de su especie—, este reptil testáceo habrá desaparecido por completo, y habrá entrado —como los dinosaurios— a la bruma de la leyenda y la prehistoria, pues no hay que olvidar que todos —todos los seres actuales— pertenecemos a la prehistoria de los hombres futuros”.

Aporte meritorio de especial investigación intelectual hace Andrés Holguín con su obra “La Tortuga”. En ella ratifica una vez más sus innegables dotes de escritor pulcro y sincero. Su estilo continúa sostenido por la noble presunción de lo claro. Existe en la obra de este escritor la tonalidad de lo formal y erudito, y la hondura transparente de lo moderno en lo clásico.

“La Tortuga” es obra ejemplar donde la vida del quelonio estudiada en varios aspectos, explica y enseña diversos caminos a seguir por la humana filosofía.

J. M. ALVAREZ D'ORSONVILLE